

Las tentaciones de Maqroll en *Un bel morir* de Álvaro Mutis

Maqroll's Temptations in *Un bel morir* by Álvaro Mutis

Carlos Pardo
Universidad de Western Ontario

Recibido: 29 de agosto de 2011. Aprobado: 19 de septiembre de 2011

Maqroll el Gaviero es reconocido por emprender recurrentes proyectos que, sin importar el logro obtenido, marcan al personaje de manera indeleble, y el acometido en *Un bel morir* (Mutis, 1989) no es la excepción. Sin embargo, en esta novela, la presencia de la violencia brinda un toque definitivo. Es la violencia la que va a permitir que las vivencias del personaje, a semejanza de las tentaciones, cumplan un papel purificador y le señalen el camino para acercarse nuevamente a partes de su yo que durante mucho tiempo había tenido olvidadas, integrándolas a su experiencia vital, que tiene a la muerte como componente ineludible en un “presente sin fronteras” (1989: 38).

Esta novela hace parte de la saga de Maqroll el Gaviero,¹ nombres con los que se conoce al personaje, ya consagrado,² del escritor colombiano

-
- 1 Son siete novelas: *La nieve del Almirante* (1986), *Ilona llega con la lluvia* (1987), *Un bel morir* (1989), *La última escala del Tramp Steamer* (1989), *Amirbar* (1990), *Abdul Bashur; soñador de navíos* (1991) y *Triptico de mar y tierra* (1993). Todos estos títulos se recogen en un volumen de 1993: *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*.
 - 2 La producción crítica sobre la obra de Mutis y sobre su personaje es bastante amplia. Sin embargo, un estudio imprescindible lo constituye la obra de Myrta Sessarego: *Maqroll el Gaviero o las ganancias del perdedor* (2006).

Álvaro Mutis. Este personaje tiene sus orígenes en la poesía y, respetuoso de esta cepa, mantiene siempre un entorno de múltiples³ referencias y sugerencias. La novela se inicia con la decisión de Maqroll de detener la búsqueda de sus compañeros de pasadas aventuras, pues no encuentra rastros que le permitan continuarla con algunas probabilidades de éxito. Lo hace en La Plata, pequeño caserío a la orilla del río, en donde se queda por varios meses en medio de sus lecturas y meditaciones. En este caserío se hospeda en la posada de doña Empera, quien se va a convertir en su amiga y guía durante su estancia en La Plata. En la cantina del poblado conoce a van Branden, personaje de origen incierto, mezcla de belga, holandés o inglés, que le propone un trabajo consistente en subir, a lomo de mulas, unas mercancías a la Cuchilla del Tambo, inhóspito páramo en donde, según van Branden, se van a adelantar las obras de construcción de un ferrocarril. En la posada recibe las visitas de una mujer de la zona: Amparo María, con quien pronto entabla una relación que combina rasgos de apasionamiento y ternura. En su viaje a la Cuchilla del Tambo conoce a don Aníbal Álvarez, dueño de una hacienda de café y con quien desarrollará una especial amistad. En el segundo viaje descubre que lo que transporta son armas y que está en medio de un negocio, por lo menos, ilegal. Es don Aníbal quien le confirma sus temores y lo pone en contacto con el capitán Segura, autoridad militar encargado de develar el contrabando de armas y a los traficantes y compradores implicados en él. El capitán acepta las explicaciones del Gaviero sobre su participación en el contrabando de armas y acuerdan mutua colaboración, que por parte del Gaviero consiste en realizar un último viaje, mientras el capitán garantiza exoneración de cualquier responsabilidad en el contrabando. Es en este viaje cuando se desata la confrontación entre el ejército y los contrabandistas. Al regresar a La Plata es detenido por la infantería de marina y sus servicios de inteligencia, que conocen las actividades del Gaviero en el contrabando de las armas, mas no saben aún del pacto con el capitán Segura. Después de dos días en prisión y varios interrogatorios, el Gaviero es liberado y emprende, apresuradamente, el que será en este libro su último viaje, que termina,

3 “Una característica de la obra de Mutis que debe estar presente en todas las lecturas, es su construcción como un gran texto que surge de la unión de otros textos y de sus variaciones. Es un excelente ejemplo de intratextualidad y un gran reto para la memoria... de una frase sale, o puede salir, una novela” (Ordoñez, 2001: 80).

según cierta versión consignada en la novela, con el héroe muerto sobre el planchón en los esteros del río, cerca del mar.

Las tentaciones de Maqroll

Maqroll el Gaviero experimenta en La Plata una serie de vivencias que le muestran la posibilidad de una vida en la cual el sosiego, el orden, la amistad y el amor pueden florecer en toda su magnitud. Estas vivencias, al igual que las tentaciones, lo acercan nuevamente a partes de su yo con las que durante mucho tiempo había mantenido un callado combate. En La Plata percibe Maqroll una nueva cotidianidad marcada por elementos totalmente distintos del azar y el desapego propios de su ser trágico. El terrible reconocimiento de la imposibilidad de esta cotidianidad lo retornará a su destino en un estado de renovación y autoaceptación en que la muerte hará parte integral de su constante trashumar. Aquí, a diferencia del papel religioso, en donde la tentación es impulso para fortalecer la voluntad en la búsqueda de Dios, la tentación fortalece la aceptación de su destino terrenal y la vigencia de ese destino.

La gran fuerza que lo ha impulsado a realizar el largo viaje en busca de sus compañeros es la nostalgia de los tiempos vividos con ellos. El saber que no hay posibilidades de encontrarlos lo hace languidecer y, en ese sentido, languidece la fuerza de continuar, la fuerza de vivir. Sin embargo, en el inicio de la novela, no está derrotado, le da lo mismo detenerse o continuar, pero se decide por detenerse, hacer un alto en su vagabundear, dándole prioridad a la quietud, como el ritmo adecuado para recuperar o perder definitivamente la nostalgia.

Desalentado por la ausencia de la menor noticia sobre sus antiguos compañeros y con amargo sabor en el alma al ver cómo se agotaban las últimas fuentes que nutrían esa nostalgia que lo había traído desde tan lejos, concluyó que le daba igual quedarse allí, en el humilde caserío, o seguir remontando la corriente, ya sin motivo alguno que lo moviera a hacerlo (Mutis, 1989: 9).

En este cuadro de convalecencia toman cuerpo las tentaciones.

La presencia de un orden y un ritmo nuevos se va dibujando discretamente en la novela. Ya Bizzarri ha señalado cómo el viaje puede ser una búsqueda de reparo y pacificación del azar y la incertidumbre propios de

los tiempos posmodernos, y en la novela, son el orden y la seguridad los elementos de esa búsqueda:

Es como si la dispersión y la dislocación informativa de la era contemporánea, representada por la multiplicación delirante de los diafragmas accidentales a través de los que nos llegan las noticias del Gaviero, buscara continuamente reparo y pacificación en el trazado lineal de la navegación mítica. Todo parece indicar que es esta búsqueda desesperada que se tematiza y se quiere convertir en centro de la narración, y que viaje, aventura, navegación en sí, de objeto, pasan a ser metáforas de él (2006: 289).

La posada donde se hospeda Maqroll, cuando se detiene en La Plata, es la primera muestra de ese orden. Su dueña, doña Empera, lo representa en varios aspectos. Un primer aspecto es el doméstico: requería de cada cliente la definición previa de su orden, y se encargaba, personalmente, de mantenerlo a diario. Paulatinamente, doña Empera comienza a poner orden y claridad en otras esferas de las andanzas del Gaviero: le maneja los giros mensuales, logra crédito para él en la cantina, lo instruye sobre cómo y dónde conseguir lo necesario para la subida al páramo, le indica dónde conseguir el planchón para irse del caserío y le informa sobre el amor insomne que le profesa Flor Estévez. Adicionalmente, doña Empera comienza a configurar una relación que se puede llamar familiar y que, incluso, adquiere visos maternos: “El Gaviero sintió un cierto alivio ante la vigilante solidaridad de la sagaz matrona. Gran madre, sibila protectora” (Mutis, 1989: 32). Así, la figura de doña Empera, orden, sabia, madre y protectora, se ajusta en muy buena medida a lo que su nombre sugiere: *Empera*, apócope de emperatriz y, en los arcanos del tarot, el número tres del mismo nombre: “la emperatriz”, pues:

Este arcano encarna y rige la feminidad en todas sus manifestaciones. Representada por Venus, máxima expresión de amor, instinto maternal, belleza, sabiduría, conexión entre el espíritu y la materia; riqueza interior y exterior. Aparece como amante y madre, gobernante y sabia (s. a., 2004: en línea).

La posada, en su estructura física, ofrece también un espacio con un orden, un ritmo y un ambiente particular con cualidades balsámicas. “El cuarto parecía más bien una jaula suspendida sobre el arrullador borboteo de las

aguas color tabaco, de las que subía un lenificante aroma a lodo fresco y a vegetales macerados por la siempre caprichosa e imprevisible corriente del río” (Mutis, 1989: 10). El cuarto, con su referencia a *jaula*, remite al lugar de protección y refugio más que al de encierro y, por otra parte, sugiere una cierta conexión con el entorno, especialmente con el río, elemento central de La Plata y de la posada. En compañía del río, el Gaviero pasa buena parte del tiempo, no únicamente por el aspecto “lenitivo” del mismo, sino también por su sugerencia permanente de lo nuevo, del cambio y, sin embargo, de lo mismo: del origen y la nada.

La corriente de agua, con su constante transcurrir, es telón de fondo ideal para los ensueños y las meditaciones a los cuales es muy dado el Gaviero. Aquí resulta necesaria la referencia a las afinidades del autor, pues para Mutis el río tiene un aspecto de paliativo y de encanto mágico: “Todos los ríos tienen para mí una condición de bálsamo. En nuestra finca corrían dos ríos, el Cocora y el Coello. La hacienda estaba en una esquina donde los ríos se encuentran. El río es un milagro perfecto inacabable, inagotable como ningún otro fenómeno natural” (García, 2000: 69).

Como marco global que complementa la sensación de equilibrio, está el paisaje que podía apreciar desde la ventana de su cuarto, la cual ofrecía una vista de la cordillera sobre el río que con su altura y densidad complementa la sensación de refugio y orden, pues la cordillera es a su vez equilibrio y amenaza. Equilibrio por sus formas y su presencia sobresaliente, y amenaza por el aura de misterio y peligro que la rodea. El toque definitivo de sugerencia paradisíaca, ordenada y deleitable, está dado por la hacienda de don Aníbal, pues en medio de los cafetales, Maqroll siente “la invasión de una felicidad sin sombras y sin límites; la misma que había predominado en su niñez. Iba caminando, lentamente, para disfrutar con mayor plenitud ese regreso, intacto y certero, de lo que había sido su única e irrefutable dicha sobre la tierra” (Mutis, 1989: 26).

Adicionalmente al marco físico paradisíaco, don Aníbal aporta la encarnación del ideal de amistad, caballerosidad y respeto que mantiene el Gaviero entre sus nostalgias más profundas. Bueno es recordar la razón por la cual se detiene el Gaviero en La Plata: la ausencia de rastros de sus amigos de aventuras que, adicionalmente, han cavado un lugar propio en el corazón del personaje. Son, entonces, los vínculos que establecen los afectos los que se encuentran detrás de ese constante trashumar de Ma-

groll. Volviendo a don Aníbal, el Gaviero vislumbra en el hacendado a una persona recta, con un proceder acorde con antiguos principios de señorío, lealtad y obligación con sus amigos y protegidos, propios de otras épocas y otros lugares, terreno fértil para los sentimientos de admiración y respeto del Gaviero. La figura de don Aníbal hace parte de ese pasado perdido que es buscado de muchas formas y de manera inconsciente por Maqroll.⁴ Por lo anterior, no es sorprendente que se establezca una comunicación silenciosa y profunda entre estos dos personajes, con efectos saludables para el Gaviero, que lo reubican momentáneamente como criatura dentro del gran todo del universo: “Calló don Aníbal y los dos se quedaron largo rato en silencio, contemplando el cielo estrellado del que bajaba una paz lenificante, señal de nuestra bien escasa presencia en los planes del universo. Tornó el sosiego al alma de Maqroll” (Mutis, 1989: 53).

Las mujeres, igual que el alcohol, podían desempeñar el papel de paliativo momentáneo para ese dolor de pesadumbre que lo atacaba recurrentemente. Aquellas relaciones de efímeros destellos cumplían un papel central en la batalla de Maqroll contra la desesperanza. Las mujeres de una noche le permitían “conservar algunas zonas imprescindibles de su nostalgia, sin permitir que se impregnasen del presente sin rostro, ni perdiesen la virtud de salvarlo del lento deslizarse hacia la nada” (Mutis, 1989: 14). Con Amparo María, la situación es diferente. Si bien, como se señaló inicialmente, la relación comienza con las visitas acordadas con fines meramente transitorios, pronto adquieren un carácter de continuidad y permanencia.

Con ella se completa el cuadro de vínculos que el Gaviero va estableciendo en su inconsciente y contradictoria búsqueda de fundamentos, del origen y las raíces, que aunque marchita, siguen nutriendo sus correrías: “El cuerpo tibio y recio de la muchacha, ceñido al suyo con una intensidad nueva y reveladora, le transmitió una serenidad y un bienestar que prolongaban la acción bienhechora de la tierra del café y de la caña donde recuperaba, intactas, las ganas de vivir y el amor por los dones del mundo”(Mutis,

4 Michèle Lefort sostiene: “L’œuvre, comme l’homme, se penche sur son passé pour exister, cultivant de façon obstinée l’art de la mémoire afin de retrouver, en rebroussant chemin, la fondation originelle, ses propres racines” [La obra, como el hombre, se vuelve sobre su pasado para existir cultivando, de manera obstinada, el arte de la memoria, con el fin de reencontrar, volviendo atrás, los fundamentos originales, sus propias raíces.] (2007: 110). [Traducción del autor].

1989: 51). Muy pronto el Gaviero tiene ya la certeza de que Amparo María es parte de ese difuso mundo de la nostalgia y el pasado, donde el disfrute de la vida es posible y, adicionalmente “Había sido la última oportunidad que le brindaba la vida de tener en sus brazos la inagotable maravilla de un cuerpo de mujer señalado por la gracia de los dioses” (1989: 100).

Amparo María, adicionalmente a los goces corporales, le ofrecía el íntimo disfrute de sentir que podía enfrentar los primeros ataques de la vejez, que ya empezaba a menguar sus fuerzas y hacerle admitir la penosa conciencia de las aventuras y peripecias idas. Ahora no le quedaba duda de que Amparo María entraba a ser parte integral de su pasado, fuera cual fuere el futuro que tuviera por vivir (Mutis, 1989: 100).

Este marco de vínculos armónicos, ordenados y fluidos que poco a poco va tejiendo el personaje le permite sentir por primera vez una sensación de paz, que, por extraña, no deja de preocuparle, pues “podía estar indicándole un cambio radical en su ser, al que, al principio, se negó a acostumbrarse” (Mutis, 1989: 15). Cambio que no es otro sino el abandono de la ansiedad viajera, el sutil disfrute del pasado en los goces del vivir aquí y ahora.

Puede ser esta preocupación la que despierta el adormecido sino aventurero y conduce al Gaviero a toparse con el proyecto de la Cuchilla del Tambo, ropaje civilizado con el que se esconde el engendro de fuerzas de la violencia, pues “El encuentro de Maqroll con la empresa ferroviaria de la Cuchilla del Tambo nació por obra de un azar idiomático y de una reacción de nostalgia à rebours” (Mutis, 1989: 16). Su nostalgia de la Bélgica infantil y su cosmopolitismo idiomático lo llevan a entrar en contacto con van Branden, oscuro personaje que en otras circunstancias difícilmente hubiera llamado su atención y, a pesar de su resistencia interior, se ve irremediablemente envuelto en una aventura, nuevo eslabón en esa cadena de su vida de empeños signados por el fracaso, y de la cual tiene pronto indicios de su trágico desenlace: “Pero vino a caer en esa ciega inclinación, tan propia de su carácter, de aceptar y embarcarse siempre en empresas que descansaban en el aire, justificadas con palabras zalameras unas veces, altaneras otras. Empresas en las cuales acaba pagando, sin remedio, los platos rotos” (Mutis, 1989: 24).

La aparición de van Branden y de la aventura de la Cuchilla del Tambo marcan el necesario contrapeso para que se manifiesten las tensiones entre su sino aventurero y las tentaciones del orden, el sosiego y el amor duradero.

El desenlace

La violencia es la encargada de desbaratar esa armazón de orden, refugio, amistad y amor duradero que le había permitido al Gaviero esos momentos tan ajenos a su ser aventurero y trashumante. La violencia en *Un bel morir* se presenta en tres momentos diferentes que marcan a los personajes centrales y a la actividad de La Plata. En primer lugar, la violencia que genera la migración de la familia de los Álvarez hacia la región de La Plata; posteriormente, la violencia que ha asolado a La Plata en años recientes y, por último, la violencia en su manifestación contundente narrada en la novela. Esta periodización de la violencia recuerda la situación de la violencia en Colombia, pues abarca tanto desde la llamada Violencia, con la persecución política como eje central, hasta la situación presente en la que interactúan las mafias de las drogas, las guerrillas, los paramilitares, el ejército y la policía, y de la cual el tráfico de drogas es, cada vez más, el motivo último. Sin embargo, en su recreación literaria, los rasgos de frontera de la zona permiten a cualquier lector, sea cual sea su origen, reconocer una situación en múltiples aspectos cercana o con referencias sobre ella.

La violencia es parte constitutiva de la cotidianidad de La Plata, integrada de manera tan profunda que termina siendo uno de sus elementos naturales, como el río o la cordillera: todos saben que esta ahí y que en cualquier momento puede manifestarse.⁵ Para Maqroll, el estallido de la violencia será factor definitivo. Por un lado, acaba, de un solo golpe, todo ese sutil pero firme entretejido de lazos que le susurra que la vida se puede disfrutar, para dejarlo de repente frente al sinsentido de los hombres:

De nuevo giraban a su alrededor las presencias amigas de la gente sacrificada en el monte: Amparo María y su aire de maja de Goya, su amor sin dueño ni salida; Don Aníbal Álvarez, hidalgo en sus tierras, leal y justo con sus amigos, fatalista y resignado como el caballero del Verde Gabán; el Zuro, inteligente, fiel, arisco e independiente y de recursos inagotables en el páramo. [...] Masacrados, todos, por manos anónimas

5 Las referencias en la novela son numerosas; basta señalar las siguientes: el Gaviero confiesa: “Supe que por la Plata había pasado, años atrás, una ola de violencia terrible. No hice caso” (Mutis, 1989: 74). Por otra parte, don Aníbal señala: “No sé qué pueda ser peor: si la Infantería de Marina o los contrabandistas. Ambos, desde hace muchos años, han vivido luchando a todo lo largo de esta parte del río” (1989: 83).

cuya costumbre de matar se había convertido en la única razón de existir (Mutis, 1989: 112).

Por otro lado, le define claramente la soberbia de los hombres, pues es en ese escenario de violencia y tensiones vitales donde el Gaviero reconoce que personas como van Barden y, en general, los que buscan glorias terrenales

[...] sirvieran solo para constatar su irremisible soledad, o su imbatible escepticismo ante la terca vanidad de toda empresa de los hombres, esos desventurados ciegos que entran en la muerte sin haber sospechado siquiera la maravilla del mundo. Ayunos del milagro de la pasión que atiza el saber que estamos vivos y que la muerte también entra en el juego, sin comienzo ni fin, porque es puro presente sin fronteras (Mutis, 1989: 38).

Reconocimiento con el cual da un lugar en el mundo a la existencia de estos personajes y, al mismo tiempo, se da a sí mismo un lugar en el mundo con la validez de la vida y de la muerte como parte del juego. Las tentaciones han cumplido su papel. Maqroll el Gaviero se reconcilia con lo que no ha podido ser y, en ese sentido, consigo mismo, con su yo sujeto de múltiples tensiones. Comprende que la muerte es tan cierta como la vida y, de acuerdo con el verso de Petrarca, que sirve de epígrafe a la novela: “Un bello morir honra toda una vida”.

Bibliografía

- Bizarri, Gabriele. (2006). “Un tiempo y un espacio ajenos: Álvaro Mutis y la problemática recontextualización de la novela de aventuras”. En: *Les modèles et leur circulation en Amérique Latine. Modèles et structures du roman; Révision des stéréotypes; transfert de modèles*. París: Sorbonne Nouvelle, 199-209.
- García Aguilar, Eduardo. (2000). *Celebraciones y otros fantasmas: una biografía intelectual de Álvaro Mutis*. Barcelona: Casiopea.
- Lefort, Michèle. (2007). “Vocation d’errance et nostalgie de la fondation dans l’oeuvre d’Alvaro Mutis”. En: *Voyages et Fondations (2^{ème} série)*. París: Sorbonne Nouvelle, 99-111.
- Mutis, Álvaro. (1989). *Un bel morir*. México: Diana Literaria.
- Ordóñez, Montserrat. (2001). “La secreta herida de Maqroll el Gaviero: la marca del centauro”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 27(53), 79-85.
- s. a. (2004). “Carta tarot La Emperatriz”. En: *consultacartas.com*. Consultado el 28 de noviembre de 2009. http://www.consultacartas.com/carta_tarot_la_emperatriz.html

Sessarego, Myrta. (2006). *Maqroll el Gaviero o las ganancias del perdedor: ensayo sobre la obra narrativa de Álvaro Mutis*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.